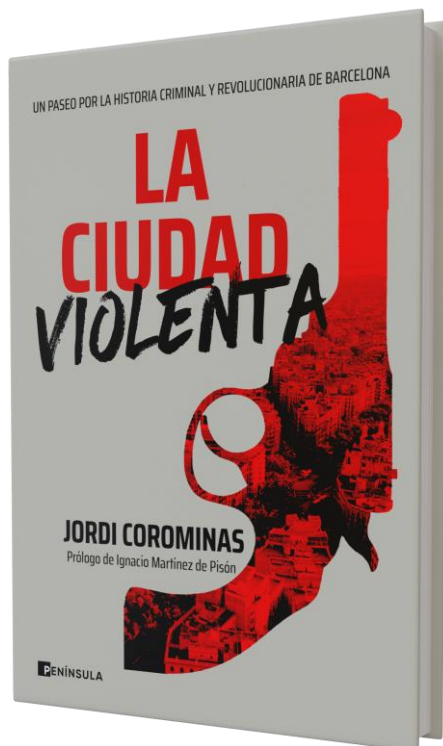


PENÍNSULA



JORDI COROMINAS

LA CIUDAD VIOLENTA

**La Barcelona actual a través
de los crímenes y revueltas
que forjaron su identidad**

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

A LA VENTA EL 15 DE SEPTIEMBRE

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

Para ampliar información, contactar con:

ANDREU SITJÀ I OLIVA (Comunicación Área de Ensayo)

682 69 63 61 - asitja@planeta.es

SINOPSIS

«Asesinos en serie, anarquistas y rubias deslumbrantes: la capital catalana es un ente mutante, y cada década ha tenido uno o distintos asesinatos válidos como metáfora de su situación.»

Del pistolero a Urquinaona, Jordi Corominas sirve en bandeja la cruda historia de protestas, violencia y manifestaciones de la Ciudad Condal, desde el siglo XIX hasta nuestros días, a partir de un mensaje claro: Cada década del último siglo barcelonés tiene uno o varios crímenes capaces de resumir el contexto de la ciudad en ese momento histórico, desde lo político hasta lo social, para trazar un mapa de la capital catalana insólito mediante conexiones con la actualidad a partir de una premisa clara: entender el presente desde el pasado.

EL AUTOR

Jordi Corominas es escritor y periodista. Colabora en medios como El Confidencial, RNE o Catalunya Plural, además de presentar Históricos anónimos en La 2. Ha cultivado la novela, la poesía y el ensayo. Paseante reivindicativo en general, y de Barcelona en particular, entre sus títulos se encuentran Barcelona 1912: El caso Enriqueta Martí y Lo invisible.



(c) Àngel Guerrero

EXTRACTOS DE LA OBRA

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

«Hace más de quinientos años, Cervantes calificó Barcelona de “archivo de la cortesía”, definición que no es incompatible con su historial de violencia y criminalidad. ¿Hay alguna ciudad grande y antigua cuyo pasado no sea esencialmente convulso? Jordi Corominas, viajero incansable por las afueras de la realidad, se ha embarcado en una apasionante travesía por los últimos dos siglos de Barcelona que empieza con las primeras bullangas, unas revueltas populares de signo liberal que arrasaron no pocos edificios históricos de la ciudad y provocaron centenares de muertos, y concluye en la violencia de baja intensidad del *procés*, que por suerte no se ha cobrado ninguna vida. En ese recorrido hay escalas sacralizadas para siempre en los manuales de Historia, como la racha de atentados anarquistas de finales del siglo XIX que convirtieron a Barcelona en la “ciudad de las bombas”, o la enardecida semana de 1909 en la que las calles fueron pasto de las llamas revolucionarias, o el pistolero de finales de la década siguiente, que elevó la ciudad al podio del crimen al lado del mismísimo Chicago. Podrían añadirse unos cuantos episodios más de violencia, pero de momento limitémonos a esos tres. El primero, a través de las bombas Orsini, era una respuesta de la clase obrera a las salvajes condiciones laborales de la época. El segundo, encabezado por madres y mujeres de reservistas, reaccionaba contra una clase política empeñada en mandar a los jóvenes a morir en una guerra lejana. Y el tercero, con la canalización de la violencia de la patronal por la vía de los llamados Sindicatos Libres, expresaba los propósitos de los empresarios de prolongar a costa de los trabajadores la prosperidad vivida durante la Gran Guerra. Dicho de otra manera, detrás de cada estallido de violencia hay siempre algo más, un cambio de fase o de etapa, una nueva metamorfosis de la sociedad, la irrupción de un fenómeno novedoso que viene a alterar los equilibrios precedentes: la conflictividad causada por una industrialización rampante y sin escrúpulos en el caso de los ataques con bomba, las secuelas de la nostalgia de las antiguas colonias en el de la Semana Trágica,

la pujanza creciente de las organizaciones sindicales en el caso de los pistoleros a sueldo de la patronal. Se diría que cada episodio de violencia no es sino un síntoma de una patología o un malestar previo de la sociedad, el espasmo con el que esta trata de sacudirse un dolor oscuro. De ese modo, la crónica negra de cualquier ciudad podría ser vista como una serie ordenada de radiografías, el relato de sus transformaciones más profundas, el compendio de las variaciones de un alma colectiva en constante evolución, incluso como la serie de anillos concéntricos que señalan en el tronco la antigüedad del árbol. Entre los episodios seleccionados por Jordi Corominas hay algunos, los más anecdóticos, a los que la historiografía local apenas si concedería una nota a pie de página y, sin embargo, puestos uno detrás de otro, se nos presentan todos cargados de sentido histórico, porque revelan algo del cambiante *Zeitgeist* barcelonés. El derribo de las viejas murallas acabó con la tradicional promiscuidad social e instauró una Barcelona dividida en barrios ricos y barrios pobres. La expansión de la ciudad permitió una rápida industrialización, que atrajo las primeras grandes oleadas de inmigrantes y ahondó las desigualdades. Una lucha cada vez más extendida por los derechos de los trabajadores marcó, junto al nacimiento de una conciencia nacional, el cambio de siglo. Llegaron después las décadas más convulsas del siglo XX, que acabarían sustanciándose en una Barcelona franquista de vencedores y vencidos, de estraperlistas y carpantas, de inmigrantes con alpargatas y maleta de cartón, de hermosas mujeres de glamur provinciano cuyos restos, como los de Carmen Broto, podían aparecer cualquier día enterrados en un descampado del barrio de la Salut. Eran todavía los años de la guerrilla, último estertor de la guerra civil, y el régimen estaba a punto de ser premiado por su anticomunismo, lo que le aseguraría la supervivencia y empezaría a abrirle las puertas al mundo. Primero los marines de la Sexta Flota, luego los músicos del Jamboree y más tarde los primeros hippies proporcionaron un matiz cosmopolita a la mugre desarrollista. Con la muerte del dictador, Barcelona vivió su breve verano de la acracia, liquidado por los cócteles molotov de la sala de fiestas Scala, e inició con paso firme su andadura hacia su designación como ciudad olímpica y hacia una modernidad crecida a la sombra de la globalización: el turismo le cambiaría el semblante a la ciudad, la inmigración nacional sería sustituida por la

extranjera, las ferias y los congresos aportarían sus dosis de vicio, la prosperidad traería consigo mayores raciones de desigualdad e indigencia... Todo esto y mucho más está detrás de las explosiones y los crímenes recogidos en esta historia alternativa de Barcelona que es La ciudad violenta. Siempre hay algo detrás de ellos. Pero es que también hay algo debajo. Toda ciudad tiene algo de palimpsesto: la actualidad escribe sobre un pasado que dejó unos rastros de una escritura anterior bajo la cual todavía pueden distinguirse las huellas de un texto oculto aún más antiguo. Donde ahora está el mercado de la Boqueria hubo varios conventos que ardieron en las bullangas de hace casi dos siglos, y en un lateral de la plaça Folch i Torres estuvo la vieja prisión de Reina Amàlia, en uno de cuyos patios se agarrotaba públicamente a los condenados a muerte, y en plena Rambla del Raval hubo hasta hace poco unas manzanas de casas que una gentrificación intensiva ha borrado de la memoria ciudadana, y no muy lejos de allí... Todas las ciudades están hechas de estratos, de capas que se superponen. Recuerdo que en Dos ciudades el polaco Adam Zagajewski evocaba los paseos con su abuelo, que había perdido la memoria reciente, pero mantenía intactos los recuerdos del pasado. Nieto y abuelo paseaban juntos por las mismas calles, pero en realidad paseaban por dos épocas distintas. El nieto paseaba por el presente, el abuelo por el pasado. También nosotros, cuando paseamos por Barcelona, paseamos por épocas diferentes. La ciudad violenta nos invita a recorrer una Barcelona que es a la vez presente y pasado y nos descubre las múltiples interacciones entre la ciudad actual y la de los últimos dos siglos. Gracias a Jordi Corominas he sabido de algunos crímenes que se cometieron a pocos portales del mío o en calles por las que transito habitualmente. Ahora, cada vez que paso por esos lugares del pacífico y ordenado Eixample barcelonés, ese pasado violento vuelve momentáneamente a mí.»

Ignacio Martínez de Pisón

Introducción

«El siglo XXI vive pegado a un insano presentismo, como si el pasado no hubiera existido, algo que se hace más palpable, si cabe, en ciudades con proyección internacional reciente. Y quizá Barcelona es su mayor ejemplo. Cúspide de una economía basada en un turismo *low cost* donde no importa tanto el contenido como el continente, casi siempre monetario, Barcelona se preocupa poco o nada por transmitir su historia, que siempre utiliza dos motores, Antoni Gaudí y Leo Messi, modernismo y fútbol, sin considerar lo demás. Se aparcan así otras cuestiones para evitar problemas y no profundizar en el porqué de una identidad a preservar ante el inminente riesgo de perderla. Y aquello que no se explica deviene borroso e incomprensible.

Para evitarlo, existen muchos modos de contar lo pretérito. En estas páginas he decidido abordarlo desde la violencia, en sintonía con las sucesivas transformaciones de la capital catalana durante la forja y el desarrollo de la Modernidad.

Para facilitar la comprensión, he optado por dividir mi investigación en tres partes. La primera corresponde al instante fundacional, un prelude de la contemporaneidad donde esta, aún batalla con lo antiguo desde la violencia política. El siglo XIX anida en su interior los gérmenes de nuestro mundo, visibles en la Ciudad Condal desde 1835, cuando las bullangas advirtieron de un nuevo paradigma, con la clase obrera como santo y seña de problemáticas futuras, en progresiva evolución al avanzar la centuria. El siglo estuvo marcado, en este sentido, por la organización del proletariado, ácrata en estos lares desde 1868, afín a un gusto por el uso de explosivos para conseguir relevancia mediática y expandir mejor el mensaje revolucionario.

La propaganda por el hecho sacudió Barcelona durante el último tramo del Ochocientos, con bombas y atentados en eventos ciudadanos y en enclaves emblemáticos de la burguesía y el poder. El fracaso de esos métodos no supuso una rápida transformación hacia el sindicalismo de masas, solo consolidado tras la Semana Trágica de 1909, penúltimo episodio de esta etapa, eminentemente política.

El punto final de la misma surgió por el éxito de la Confederación Nacional del Trabajo y su apuesta por coordinar los movimientos de los trabajadores en pos de beneficios prácticos; su cúspide fue la huelga de La Canadiense en el invierno de 1919, cuando consiguieron, entre otros hitos, las ocho horas diarias, tan reivindicadas por sus antepasados desde la instauración de la jornada del Primero de Mayo, en 1890.

Los efectos de su victoria conllevaron una reacción de la clase empresarial, poco estudiada pese a su impacto en la cotidianidad. Los años del pistolero, clausurados a nivel oficial en 1923 con la dictadura de Miguel Primo de Rivera, colearon hasta los instantes previos a la guerra civil española, canto del cisne del anarquismo ibérico, y convirtieron Barcelona en una Chicago *avant la lettre*: hubo centenares de asesinatos en plena calle, abuso policial tolerado por las autoridades y una larga resaca republicana por la irrupción de fuerzas catalanistas de idiosincrasia parafascista, contraponiéndose con los libertarios proclives a la lucha armada, hasta el enfrentamiento.

Durante el siglo XIX, la violencia política tuvo tanta pujanza como para casi ocultar la criminal, que quedó reducida a un breve mal narrado en los periódicos. El estudio de la crónica negra en los rotativos del Novecientos nos aporta impecables ejemplos para tomar el pulso a esa sociedad. De este modo, como desarrollo en el segundo tramo del volumen, la efeméride pasó a la primera plana, entre el sensacionalismo para satisfacer al lector y un inconsciente cuadro de costumbres. Cada década del siglo pasado puede colmarse con los sucesos. La de 1910 aún tiene aires basados en lo político, pues al fin y al cabo el personaje de Enriqueta Martí, tan maltratado desde la propagación de la mentira, fue un chivo expiatorio para condenar a toda una clase social tras la Semana Trágica.

Entre finales de los años veinte y la época republicana, el caso de Ricardito y Pablo Casado expone el tratamiento de la homosexualidad, aún mencionada con vergüenza y fuente de inabarcables polémicas, vinculadas con el urbanismo, por el nacimiento en el Raval del barrio chino. Esas calles fueron amadas por extranjeros como Jean Genet y demonizadas por el sistema, ansioso por derruirlas y finiquitar ese nido de vicio e inmoralidad en pleno centro.

En los años cuarenta se pretendió, a imagen y semejanza de lo propugnado por el fascismo italiano, una España limpia de crímenes y se obligó a la prensa a un relativo silencio, desmentido al desmenuzar las hemerotecas. La violencia criminal de ese decenio es descarnada, entre la desesperación del hambre, el horror de una rutina abocada a la pobreza y un indudable deseo de abandonarla. Su cénit, con suficientes mimbres como para desafiar esa ordenanza nada invisible, fue el asunto de Carmen Broto, tergiversado hasta su mitificación en la pluma de Juan Marsé, quien aprovechó la muerte de esa rubia con ademanes de Veronica Lake como excusa para escribir *Si te dicen que caí*, causa de algo muy habitual en estas coordenadas: la exaltación amplificadora de los bulos, al ser mucho más apetitosos desde lo narrativo pese a desfigurar la verdad de los hechos.

Durante los últimos coletazos de la autarquía y el debut del desarrollismo, los medios de comunicación dieron prioridad a los crímenes donde los extranjeros eran los culpables, para dignificar la imagen del español en oposición a los escasos visitantes y forasteros residentes en Barcelona. El asesinato de Mulchand Chandrai en el Hotel Ritz resulta magnífico para enseñar complejos y hábitos, desde el abrigo coloreado manchado de sangre hasta la omisión del nombre del establecimiento para no perjudicar su reputación. Otro, como el caso de los mal llamados existencialistas de 1962, ahonda en la estigmatización de una juventud descarriada, por desgracia norteamericana, algo más bien inconveniente ante la ayuda estadounidense al régimen desde los acuerdos de Madrid de 1953.

En los años setenta Barcelona disipa su inocencia, entregada al maná cultural de Estados Unidos, tanto en estética como en comportamientos. Los casos del asesino de Pedralbes y José Ignacio Orduña, el violador de Lesseps, viran hacia los disturbios mentales y la adaptación a estereotipos audiovisuales, cuajados en una superficie donde lo político vuelve con la transición, repleta de manifestaciones, formación de terrorismos autóctonos de carácter extremista y unas fuerzas del orden aún demasiado imbuidas de las consignas dictatoriales.

Los años ochenta y el prólogo a las Olimpiadas, con la ciudad metamorfoseándose víctima de sus propias contradicciones, tienen elementos

propios de nuestra posmodernidad. La conflictividad carcelaria se mezcla con la acción de mafias internacionales, mientras la violencia de género aún no es tratada como tal, y lo mismo acaecía con la ejercida contra el colectivo LGTBI, aún una rareza sin derecho a ningún tipo de respeto ni consideración penal.

La tercera parte de mi estudio se centra en la refundación de Barcelona, cuando la violencia criminal se funde con la política. Esta violencia puede dividirse en dos ciclos. El primero, hasta aproximadamente 2010, es un crisol con valor al exponer la configuración del presente. Los errores de los dos pasajes fronterizos entre el Guinardó y el Camp de l'Arpa nos hablan de carencias en nuestro sistema educativo para saltar hacia lo inédito en el tránsito de un milenio a otro por el *boom* migratorio, con las bandas juveniles en la picota de un debate alargado en el Maremagnum, lugar donde el ecuatoriano Wilson Pacheco murió ahogado, lanzado al agua por algunos porteros de discoteca de ese flamante recinto urdido justo después de los Juegos Olímpicos para entroncar la Rambla con el Mediterráneo.

Ese crimen conllevó la reglamentación de ese oficio nocturno y sacudió las mentalidades desde el racismo, no solo étnico, sino también de clase, como atestigua otro caso, el execrable delito del cajero, cuando tres jóvenes quemaron a la indigente Rosario Endrinal en la zona alta de Barcelona.

La década de 2010, con su controvertido verano de 2019, muta hacia una atomización de la violencia criminal. Carece de casos memorables, sustituidos por una incesante constancia de sucesos medio aislados, preocupantes y significativos por su perversión desde el periodismo, urgido de flashes pero que no disecciona los hechos. Una prensa amante del alarmismo que no se ciñe a los códigos de la profesión, para mayor gloria de la política. Esta cierra mis indagaciones desde una doble tangente: una de cariz social, muy acorde con dinámicas económicas reflejadas en disturbios con el universo okupa de fondo, y otra con el *procés* soberanista como protagonista para determinar si podemos englobarlo en los casos estudiados, no tanto a partir de sentencias judiciales, sino más bien por componentes insólitos en el bagaje. Con la propaganda erigiéndose en una forma indiscutida de violencia mental nada inocente por su impacto colectivo y ser el motor de escenas comparadas con las revueltas anarquistas

desde la más absoluta ignorancia histórica.

Mi modo de examinar los acontecimientos ha sido y será poliédrico. Cada palabra bebe de urbanismo, geografía, historia, cotidianidad, política, periodismo y múltiples aspectos esenciales. para no dejar ningún cabo suelto [...].»

PENÍNSULA

Para ampliar información, contactar con:

ANDREU SITJÀ I OLIVA (Comunicación Área de Ensayo)
asitja@planeta.es | 682 69 63 61